

ternal solicitud de la autoridad, despues de dos ó tres dias de recibido el aviso, proveyó que se diera sepultura gratis al cadáver del tio Pedro.

Ya para entónces, herramienta, libros y demas trastos habian desaparecido: la piadosa mano de los vecinos habia retirado todos aquellos cachivaches que harian mala vista en la habitacion mortuoria, la cual, en sentir de aquellos, debia quedar con la severa majestad y la limpia desnudez análogas á la muerte.

—Y..... por fin—decia una de las comadres del barrio á cierta amiga—¿enterrarán ó nó al pobre tio Pedro?

—Sí; hoy mismo, segun me han informado.

—¿Y adónde lo llevarán?

—Creo que á la fosa comun.

—¡Pobrecito!

—A mí, como usted lo sabe, no me gusta hablar de nadie, y mucho ménos de los muertos, que ya están juzgados de Dios..... pero la verdad es que bastante hace con sepultarlos gratis ese señor que se llama Municipio. Ya ve usted..... el tio Pedro era un avaro, que ni rastro dejó del dinero que atesoraba, exponiéndose, como ha sucedido, á que lo entierren de caridad y en el último lugar. ¡Bien merecido lo tiene!

—Dice usted bien.

—¿Y no sabe usted la noticia que hoy corre?

—¿Cuál es?

—Que ayer ha muerto el señor Conde de Aguasnieves.

—¡Válgame Dios! ¡qué desgracia!

—Y muy grande. ¡Él, tan guapo, tan bueno y caritativo! Es un verdadero pesar para todos los pobres, á quienes socorria generoso.

—¡Ya lo creo! De nadie era ignorada su filantropía.

—Ese sí sabia hacer buen uso de su dinero.

—¿Y dejará una rica herencia?

—Cuantiosa. ¡Ya verá usted qué suntuoso entierro!

En efecto, aquel mismo dia dos cadáveres eran conducidos al cementerio. El del tio Pedro en un miserable ataúd, y en hombros de cuatro mozos de cordel, sin más acompañamiento ni aparato; el del Exmo. Sr. Conde de Aguasnieves con toda la pompa requerida por los títulos y clase del finado, en un magnífico carro fúnebre, tirado por tres troncos cubiertos con negras gualdrapas y empenachados, seguido de multitud de altos personajes y de una larga fila de carruajes. Fué depositado en el soberbio mausoleo de su familia, en un lugar del panteon que se llama de primera clase, por estar más acá ó más allá del terreno en que se entierra á los pobres; miéntras el del tio Pedro era arrojado, allá en los últimos límites del cementerio, en la fosa comun.

Por una singular casualidad los dos cadáveres llevaron, casi juntos, la misma ruta, formando notable contraste la pobreza y abandono del uno con la pompa y suntuoso aparato que rodeaba al otro. Pero esto no era extraño; espectáculos semejantes se ven todos los dias; y precisamente esos contrastes, en sentir de al-

gunos pensadores, forman la belleza y la armonía del universo.

IV

El cuerpo del tío Pedro quedó en el cementerio; pero su alma, libre ya de aquella cárcel que había tenido en la vida de esta tierra, voló por el espacio.

En los primeros momentos, y con el aturdimiento propio de la brusca transición, hallóse perpleja; pero poco á poco fué, como quien dice, desentumeciéndose, y por fin tomó su resolución.

—¿Adónde iré yo?—había pensado en un principio. —No es muy cómodo andar vagando de aquí para allá sin rumbo fijo, y mucho ménos cuando á mí nunca me ha gustado la vagancia: no puedo tampoco permanecer estacionado en un lugar, no señor; ¡pues no faltaba más sino que cuando esta alma mía está más ligerita por haber dejado aquella pesada envoltura carnal, me hubiera yo vuelto poltron!..... Además, siento en mi interior una fuerza enérgica é invencible que me impele hácia una región ignorada, pero que preveo ha de estar llena de armonías, de bellezas y de resplandores.... y mi espíritu siente un ardor vehemente, y una sed inextinguible..... ardor de amor inmenso, sed de ir á confundirse con la divinidad de que procede, á extasiarse con dulzuras eternas, á abrasarse y confundirse con el seno del señor mi Dios y Creador!..... ¡Vamos, pues, al cielo!

El tío Pedro, animado y enardecido con este mental soliloquio, se puso en marcha; pero á pesar de los bríos que quiso darse, iba poquito á poco, porque su alma humilde sentía, no desconfianza en la bondad del Señor Increado, sino una tan gran veneración, que era semejante al anonadamiento, y uno como santo pavor de presentarse ante tan inmensa Majestad..... sentimientos que tomaban creces porque, en su genial humildad, no se creía merecedor de alcanzar tan imponderable ventura.

Sin embargo, seguía adelantando lentamente.

Anda y anda caminito del cielo, llegó por fin á su puerta, que estaba muy bien cerrada, por temor de que se introdujera algún intruso.

Dos ó tres sujetos estaban allí afuera, esperando oportunidad para entrar; todos humildes y pacientes como el tío Pedro.

—Y ahora ¿qué hago?—dijo éste indeciso.

—Llame usted á la puerta—dijole uno de los que esperaban.

—Pero..... ustedes ¿por qué no han entrado?

—Porque el portero, que parece ser hombre de pocas pulgas, nos ha dado con la puerta en las narices, diciéndonos que esperemos á que se reúnan más inmigrantes, para que entremos todos juntos.

—¡Pues ya tendremos que esperar algún tiempo!—agregó otro—porque según noticias, muy pocos son los que vienen por estos lugares. Pero no está por demás que haga usted la prueba llamando, á ver si con

usted ya está el número completo y se conforma ese portero de mis pecados.

El tío Pedro, tímido y receloso, tocó suavemente la puerta.

Oyóse en el interior una especie de refunfuño, unos pasos lentos y un gran ruido de llaves, entreabriéndose despues la puerta, solamente unos cuantos centímetros; por cuya abertura asomaron una gran nariz, un par de ojos chispeantes é inquiridores, y una reluciente calva.

El que abrió la puerta exclamó al ver al tío Pedro:

—¡Hola, Tocayo! ¿usted por aquí?

—Sí..... ¿conque somos tocayos?—dijo el tío Pedro por decir algo.

—¡Cabalito! Yo soy Pedro, pescador allá en la tierra, y actualmente portero de este lugar, para servir á usted.

—Mil gracias.

—Y ¿qué se le ofrecia á usted?

—Deseo, con permiso de usted, entrar al cielo.

—Sí, Tocayo, con mucho gusto: ya teniamos por acá noticia de su venida, y el Señor le tiene reservado un lugarcito. Nada más que me hará usted favor de esperar un momento, miéntras llegan otros que hoy esperamos.

—Como usted lo disponga.

—Disimule usted, Tocayo, esta tardanza, pero es preciso: es un arreglo que yo he hecho. ¡No puede usted figurarse lo engorroso que es este empleo!.... aun-

que son pocos los que vienen aquí, no deja de haber su faena..... y esto de andar de aquí para allá recibiendo á los entrantes, y tener que ver con tantas llaves y cerrojos, y con una puerta tan pesada, no son cosas que se avienen con mis piernas viejas y cansadas. Así es que en vez de ir introduciendo á uno por uno, espero que se junten seis ú ocho, para recibirlos en peloton. Además, esto es necesario, para colocar de una vez á todos en la categoría que les corresponda. Conque, hasta luego, Tocayo.

Y cerró dando un fuerte portazo.

El tío Pedro esperó pacientemente, y quedóse recapitando en aquello de las categorías.

—¿Conque tambien aquí hay lugares distinguidos y más ó ménos encumbrados?—preguntó á uno de los presentes.

—Y muy que sí.

—Yo creia que en el cielo todos seriamos iguales.

—Sí, y no: iguales, en cuanto al derecho de habitarlo; pero distintos en cuanto á la preeminencia, segun los merecimientos; y en esto consiste la estricta justicia del Todopoderoso.

—¡Ah! entónces á mí me tocará el último lugar; mas no importa, con tal que desde él pueda ver y alabar á su Divina Majestad.

En esta plática estaban cuando, más rápida que una exhalacion, llegó otra alma en busca del cielo; y sin tomar resuello y sin vacilacion alguna dió fuertes y estrepitosos golpes á la puerta.

El portero abrió algo mohino por aquellos modos bruscos.

—¿Qué quería usted?.....

—Entrar al cielo á ocupar el lugar que me corresponde.

—¿Y quién es usted?

—Soy Don Fulgencio Mastranto y Esparragoso, Conde de Aguasnieves, Caballero de la Orden de la Tarántula, Señor de villas y lugares.....

—¡Ya, ya!—exclamó el portero impaciente—conocemos ya todos esos títulos terrenales, pero aquí nada valen. Espérese usted un momento.

Y, á tener el alma narices, le hubiera plantado en ellas un tremendo sopapo; tal fué el portazo que dió con mano airada.

Al cabo de algun tiempo llegaron otras dos ó tres almas, y habiéndose anunciado, el bueno de San Pedro creyó que ya habia número suficiente para dejar entrar á todos *en peloton*, como él decia.

Pero no fué así como entraron, sino uno por uno, aunque de seguida; porque al querer el Conde adelantarse y ser el primero, el celestial portero le gritó:

—¡Alto ahí, señor mio! que á mí me toca ordenar esta caravana, y decir quién ha de ser primero y quién despues.

En éstas y en las otras, como ya estaba abierta de par en par la puerta, por aquel gran hueco se vieron y oyeron salir torrentes de resplandores y armonías, y un panorama tan brillante, tan nuevo y tan exquisito, que

sólo las almas escogidas pudieran descifrarlo, y que no pueden pintar la pluma ni el pincel humanos.

Indudablemente en aquel hermoso paraíso habia una gran fiesta, para celebrar el ingreso de aquellas almas á las mansiones celestiales.

Todo era beatitud, encanto y sublime éxtasis. Hasta el portero dejó su genial taciturnidad, y con santa unción y desusada ternura, dijo al tío Pedro:

—¡Ven, queridísimo; tú eres el que vas á entrar primero en la celestial Jerusalem! Ven, no vaciles: ya están anotadas en el libro del Altísimo las virtudes que practicaste en la tierra. Para Él nada hay oculto, y ya sabe que aquellos huérfanos socorridos ocultamente por tu mano; aquellos desgraciados que alimentaste con el producto de tu trabajo; todas aquellas miserias que remediaste con caridad y amor; aquellas virtudes que el juicio injusto de los hombres atribuía á otro, son tuyas, y tus mejores títulos para ser el primero en la patria celestial. Ven ántes á mis brazos, á que te dé el ósculo de paz, y despues irás á aquel más alto asiento que se te tiene reservado..... ¡Ea! prepárate con todas tus fuerzas para no desfallecer de dicha y de amor cuando el Altísimo te llame "su muy amado!"

Luego, notando que el Conde murmuraba algo por aquella preferencia, díjole:

—Conde, ó por mejor decir, Fulgencio, no olvides que Jesucristo dijo: *los últimos serán los primeros: los humildes serán ensalzados: los que practican ocultamente la caridad, tendrán el primer lugar en el reino de mi Padre!*

Y yo te digo:

Cuando es así la caridad, el caritativo *recoge ciento por uno;*

Mas cuando es á són de trompeta, sólo puede alcanzar *uno por ciento.*

LA JUSTICIA DEL REY GORDO.

I

Don Cleofas era un hombre bonachon y honrado á carta cabal. Empleado largos años en una oficina del Gobierno, habia quedado cesante, sin poder lograr, por más gestiones que para ello hizo, la jubilacion que pedía, con goce de medio sueldo. Así es que eran gordos sus apuros para buscar el pan de cada día; y mayores aún que en cualquiera otra circunstancia, porque el bueno de Don Cleofas, no desoyendo la imperiosa voz de la naturaleza, desde sus mocedades habia contraído matrimonio, fruto del cual fué una hija, que á la sazón era ya casadera. Esposa é hija pesaban, pues, sobre el pobre cesante.

Don Cleofas era de natural bondadoso; pero las escaseces diarias, las penalidades propias de su situación, el tener que mantener otras dos bocas además de la suya, y la tremenda injusticia de que se creia víctima, habian agriado su carácter, y de apacible y comedido